

PETER KURZECK

SOBRE HIELO

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN DE
CARLOS FORTEA

Jús

1

Primero un invierno de lluvia, y después de nieve. Cuando empezó el año 1984, después de la separación, de un día para otro me quedé sin nada. Ni casa, ni una imagen de mí, ni siquiera el sueño me quedaba. Se acabó y se acabó. Según parece, uno vuelve a empezar su vida cada pocos años, y desde el principio. En medio de la catástrofe, como si se hubiera caído del mundo. Apenas amanece, el día continúa su interrogatorio conmigo. Un cuarto trastero en una casa ajena. Me mudé a finales de enero. Escribía notitas e iba a visitar a mi hija. Se llama Carina. Por aquel entonces tenía cuatro años. La recogía. Botas de invierno, gorro de lana, manoplas de colores con cintitas. Íbamos a comprar leche. Antes hay que contar el dinero. Hay que conocer el camino, con sus pasos, peldaños y puertas. Jugábamos juntos y hablábamos en verso. ¡Cuidado con tropezar! Luego, historias del zorro y el castor y de personas que por la mañana van tranquilamente a comprar leche y, ¿de qué hablan? La puerta de una casa de Frankfurt. Adelante, tres peldaños de piedra arenisca. En el más alto, un gato peludo. Y pregunta adónde se ha ido el verano. E historias de ese que tú también conoces, historias del viento. Como si fuera mi vida, otra vez mi propia vida, de la que no puedo dejar de hablar. Leche en bolsas, leche urbana. Y, por la mañana, a la guardería con ella. Los mismos caminos de siempre. Y ella junto a mí, como si no hubiera pasado nada. Y el día también transcurre como si no hubiera pasado nada. Lentamente las calles. Un padre. Una hija.

Había empezado un libro nuevo. Mi tercer libro. Aún no tenía título. Pronto haría cinco años que había dejado de beber.

SOBRE HIELO

Ni un trago, y tampoco nada de drogas. Era como si, aparte de escribiendo, sólo pudiera aguantar mi vida caminando o conduciendo. En aislamiento. Entrada la noche me veo, junto a una turbia lámpara, contemplando mi último par de zapatos, descalzo. Cansado y con los hombros caídos. ¿Qué voy a decirles a los zapatos? Agotados. ¡Los zapatos están agotados! ¿Qué es lo que ha ido mal en tu vida para que estés aquí, helado, en el silencio de la medianoche, y hables con tus zapatos? Un cuarto trastero en el que trato de dormir como un desconocido. Con cautela. Hasta nueva orden. Por así decirlo, en tercera persona. En medio de la estancia, polvoriento y pulido, un piano negro con su tapa. Cerrado, mudo como un ataúd. Desde mi colchón, presa del mareo, como en una balsa, veía el piano alzarse como un escollo, como un monumento funerario. Cansancio. Arritmia. ¿Por qué el silencio es tan silencioso, y la luz de la lámpara tan turbia? Mientras dormía, dejé de saber si dormía. Por las noches, las paredes se juntaban para estrujarme. ¿Cómo averiguar, cómo voy a saberlo, si mi grito ha sido mi propio grito o sólo lo he soñado? Ataques de tos, y después casi asfixia. Habría sido un alivio dormir junto a una grabadora, es decir, registrar noche tras noche mi desflecado sueño. Mejor aún sentarse, certificado de nacimiento, carnet de identidad, reloj en mano, para levantar acta, y contemplarme durante mi sueño. Me hubiera gustado tener una radio. Por lo menos unos minutos al día. Como un prisionero, como en la celda. Hay que solicitar un formulario y presentar una petición. Tres veces al día durante tres minutos. Sólo una, un transistor pequeñito, me habría bastado. Una voz humana, que tres veces al día anunciara el tiempo sin miedo. Y una armónica infatigable, con su correspondiente aliento.

Cuando peor se alzaba el piano era al amanecer (entretanto era febrero). Oía pasar el tranvía y me paralizaba como un muerto. El suelo temblaba, la casa entera. Jamás en mi vida querría ser enterrado en medio de un temblor permanente

PETER KURZECK

como ese. El día comenzaba su marcha. Yo reunía fuerzas, escribía notitas (¡no te enfermes!) y salía al día. A grandes zancadas. A recoger a mi niña, a mi hija. Todavía temprano, hacía frío. El cielo lleno de grajos y gritos y vencejos, antes de que se hiciera realmente de día. Yo caminaba deprisa. Al borde de la calle, nieve, nieve antigua. El portal un abrupto sobresalto: ¡como si ya no me conociera, tan perturbado! Mi niña, mi hija, Carina. En pijama en el alféizar de la ventana. Con sus ojos claros. En la pijama, patos y margaritas. El cielo era amarillo y las chimeneas humeaban. Cuatro años, cuatro y medio. Se acaba de enfermar. ¡Se pasa la noche en vela y grita! Sueña que una mujer te ha enterrado. Te ha enterrado profundamente y tiene que volver a desenterrarte, dijo la madre de mi hija; se llama Sibylle. Y me miró directamente a los ojos, para que no pensara que no podía mirarme a los ojos. Una mañana de invierno. Las nueve. Lleva unos leotardos rojos, no lleva chaqueta, y se ha puesto un grueso jersey de colores que compartimos durante muchos años, exactamente igual que el tiempo y el calor que compartimos una y otra vez ella y yo. La mayor parte del tiempo, invierno. Un perfume nuevo. La mayoría de los libros ya están embalados, las cajas llegan hasta la escalera. En cuanto me fui dejó de soportar ver los libros. Naturalmente, no estábamos casados. Vivimos nueve años juntos. Una hija. Cuando me fui, íbamos a repartirnos la custodia. Pensábamos que nuestra hija podía estar todo el tiempo con los dos, bien y a gusto. Pero apenas dos semanas después Sibylle me dijo: ¡Si quiero, puedo hacer que no vuelvas a verla! Como siempre no había dinero, pero encima acababa de perder, con preaviso, incluso mi trabajo de media jornada. Sentarse y escribir. Mi tercer libro, un libro sobre el pueblo de mi infancia. Stauffenberg, en el distrito de Giessen. Escribía todos los días. Escribía para permanecer. ¡Para poder seguir en mí y en el mundo todos los días!

Dos muelas del juicio. Mejor a tiempo, dijo la dentista. Mejor una después de la otra, así que mejor fijar dos citas.

SOBRE HIELO

Y yo había asentido. Así tumbado, con una mordaza atornillada, alta tensión, un tubo que imita una catarata y dos manos ajenas en la boca, ¿cómo va uno a poner objeciones? Lo mejor es quedarse sentado en ese perfecto sillón de dentista ajustable con mando a distancia. Seguir así. Lámpara, vaso de agua, escupidera. Y con reposabrazos, reposacabezas y descanso para los pies. Horizontal. Y, al menos durante un rato, no ser responsable de mí ni del mundo ni de mi época. Siempre tan rubia, luminosa y limpia la dentista y su clínica, como si tú, con tus manos, zapatos, pensamientos sucios acabaras de salir otra vez de un burdel o vinieras directamente de la obra. Cada vez. Con las peores intenciones. Robo, vandalismo, violación, sudor, hambre, halitosis, dudas, escamas, trastornos digestivos. Quizá también en Frankfurt, con mierda de perro de Frankfurt en los dos pies. En tus pensamientos... ¿qué clase de pensamientos? Parecen de distinto color a derecha e izquierda, de distinta clase. Y ni siquiera lo has notado enseguida, sólo te has dado cuenta aquí, sobre la alfombra de color perla. ¡Nacimiento, lugar de residencia, profesión, todo falso! ¡Todos los nombres son falsos! ¿Quizá también la tarjeta sanitaria esté falsificada? ¿Y cómo no iban a verlo, a notártelo? ¿Y la pobreza? La pobreza es un olor. Pesado como un abrigo viejo. Quizá aparte de mí sólo tenga pacientes privados. Durante casi cinco años esta dentista, para que sepa quién soy, para que me cuide, para que me trate con cuidado, se tome la molestia de hablar, durante cinco años, una y otra vez de nosotros y del tiempo y de nuestros hijos. Desde la más inmediata proximidad. Ella, como dentista, dentro de mi boca. Diente a diente. Ya antes de nacer empezaban esas historias de niños. ¿De qué otra manera se puede soportar tal proximidad? Y entretanto se ha casado. Coronas, puentes y empastes en mi boca. Esquinas, bordes y muretes. Y ahora que está casada quiere tener un hijo. En la Myliusstraße, en el West End, en Frankfurt am Main. Una clínica moderna y luminosa con tres o cuatro salas de tratamiento. Una de las

PETER KURZECK

muchas rubias y limpias ayudantes agenda las citas para mí y prepara el sillón conmigo sentado para el aterrizaje electrónico-neumático. Eso fue en enero. Aún había nieve en el camino. Siempre, después de ir al dentista, tienes que preguntarte dónde han ido a parar todas las buenas ideas que tenías cuando estabas en la sala de espera. ¡Indiscutible! ¿Estaban ahí antes de que entraras, y ahora se han ido, no es posible encontrar alguna de ellas? ¿Cuánto costará un sillón de dentista como ese, el mejor? Durante el camino de vuelta a casa ya oscurece. La calle, silenciosa. Jardines frontales, nieve, un mirlo en la nieve al atardecer, y adelante, en la esquina, un supermercado, un HL. Falta poco para cerrar, y la gente se amontona en las cajas. Enfrente, el Café Laumer. Luz en las ventanas. Por aquel entonces yo aún vivía en la Jordanstraße. A finales de enero, ya estaban contados mis caminos de vuelta y los últimos días con Sibylle y Carina en nuestra casa. La Bockenheimer Landstraße. Árboles en invierno, castaños. Esperando. Muchas luces al atardecer. El mismo camino de todos los días de todos esos años, de ida y vuelta a la guardería, pero quedo yo, ¿a dónde se ha ido mi vida?

Primero la de abajo a la derecha. Me tocaba a las tres de la tarde, y cuando me fui, ya había oscurecido. ¿Desde cuándo está oscuro? Abajo a la derecha, fuera muela del juicio. Escupir sangre por toda la acera. Me siento mal. ¡Deberías cantar! (¡Una frase de mi libro anterior!) Escupir la sangre y cantar, o al menos como un órgano, una sirena de niebla, una sirena que se ha extraviado y no encuentra el camino, un barco anuncio. Al menos como un lobo, un lobo solitario, una y otra vez. Perdido a lo largo de la acera, con un único aullido en la boca. Nieve al borde, silencio y nieve en los rincones. En HL están a punto de cerrar. Febrero. Restos de nieve. Una media luna de plata en diagonal, y en medio del dolor de pronto desaparece mi noción del tiempo. Como si llevara ya una eternidad, como si estuviera desde siempre en la Bockenheimer Warte.

SOBRE HIELO

Hace frío, es de noche, un tranvía muy iluminado pasa y allí adelante, en el cruce, las luces brillan como estrellas. Escupir sangre, caminar, caminar conmigo y en realidad un lobo. Mi antiguo camino a casa. No hacía ni tres semanas que me había ido. Aún tenía mi llave. Lo mejor es que te acostumbras a llamar a la puerta como una visita. Y luego un rostro. Aguantar en la boca la sangre escaleras arriba, cuatro pisos. Carina que me sale al encuentro en pijama, una pijama con mariquitas. Me quedé hasta que Carina se acostó. Me senté en la calidez de un sillón y fumé, traté de fumar, y bebí té tibio con leche. Carina duerme. Qué bien me conoce el sillón. El aturdimiento cedía y el dolor empezaba a llamar a la puerta, firme y fiable. Prefieres quedarte aquí, me dice Sibylle, ¡quédate a pasar la noche! Pareces agotado. Todavía no eran ni las nueve. Qué a gusto me habría pasado el resto de mi vida, o al menos los próximos dos años, allí, en la casa, como ahora. Lo mejor era seguir a salvo allí sentado con el dolor y con el dolor en la boca, y decir: ¡Y ahora, a la cama! Una única y larga velada y todo el tiempo va hacia las nueve. Desde que había dejado de beber, la anestesia siempre me sentaba mal. Como si me diera asco. El teléfono. En el silencio. Casi como antes suena el teléfono. Mi amigo Jürgen. Desde el Café Elba. Está allí con Edelgard. Se separaron desde hace siete años, pero ahora está sentado con ella en el Café Elba. Primero había sido un café heladería, luego un sitio de pizzas para llevar. Y ahora, poco a poco, empieza a convertirse en un auténtico restaurante italiano, un italiano de Frankfurt. Sólo ahora, en invierno. Estamos sentados aquí y hablamos de nosotros y de ti y del mundo, dice él. ¡Y ella no quiere, no quiere entenderme! Ya sabes cómo es. ¡Dice que yo no la entiendo! Desde que nos conocemos. Pronto hará diecisiete años. Tú también la conoces casi desde la misma época, dice él. ¡Ven! He estado en el dentista, dije yo. La dentista que tú conoces. La muela del juicio inferior derecha, fuera. Toda la boca llena de sangre. La boca entera una única herida. No puedo. Como

PETER KURZECK

mucho por el camino, de regreso a casa. Cinco minutos. Sí, dice, no hace falta que te des prisa. Vamos a quedarnos un rato. Nos quedaremos aquí sentados mirando hacia la puerta, hasta que vengas. Miraremos la puerta cada vez que venga alguien, dice. Así que hasta ahora. Hasta ahora. Un rato más aquí, sentir a mi alrededor el calor y a Carina y su sueño, su respiración tranquila mientras duerme en el cuarto de al lado, bajo la noche proyectada en el techo. ¡Quisiera no haber dicho de regreso a casa! Según el reloj, pasan exactamente cinco minutos y luego otros cinco minutos. Pañuelos de papel de Sibylle. Inconsoable de todos modos. Muchos pañuelos de papel. Luego, dejo atrás mi vida aquí en el calor y me pongo en camino como un lobo.

Inferior izquierda. Diez días después. Una suplente, pero me saluda como si me conociera. Como una pariente lejana de la dentista. Empezamos a las dos y media, y a las seis aún no se atisba el final. Tampoco puede detenerse porque entretanto ha destrozado trabajosamente la muela hasta los cimientos. ¿Dónde se apoya ahora? Sólo queda la raíz. Dos ayudantes. Voy a orinar a menudo pasando por en medio de ellas. En cada ocasión tienen que incorporar el suspirante sillón, sacar todas las manos y todos los aparatos de mi boca y dejarme el camino libre. Un armisticio. Las lámparas zumban, la clínica da vueltas en mi cabeza. Luego, adelante con la carnicería. Hasta entrada la tarde. Sólo ella y yo y las dos auxiliares más experimentadas, todos los demás se han ido a casa. Otra vez los rayos X. Qué fuerte es la raíz, cómo se ha atrincherado bajo tierra. Al final van a tener que serrar el hueso. Otra serie de inyecciones de anestesia, y tuve que volver a orinar. Con la dignidad de una estatua beoda. Con la cabeza pesada, una dignidad pétreo. ¿Se va con o sin babero? Ver temblar a la dentista. Por primera vez se me ocurrió que quizá sus fuerzas no alcanzarán, ¿y entonces? Había estado mirando, desde una lejanía interior trabajosamente conseguida (como de

SOBRE HIELO

algún otro), cómo oscurecía detrás de las costosas persianas de aluminio automáticas ajustables a distancia. Yo había pensado que sólo había venido a las dos y media para enjuagarme varias veces la boca y descansar un poco en el sillón de dentista y ordenar mis ideas. ¿Y si no es ninguna suplente? ¿Es ella misma, con un peinado nuevo y un poco cambiada? Mi amigo Manfred me dijo en una ocasión: Cuando seas paciente de un dentista tienes que darle de antemano una buena sensación para que no se sienta inseguro. Para que tenga una buena sensación como dentista. Sabía que tenía que desprenderme un solo instante de mí y de la raíz en mi cabeza, pero ¿cómo? Mi marido también es dentista, dice ella. Viene enseguida. Si no hay otro remedio, tendremos que cortar. Luego su marido. Todavía con el abrigo puesto. Contempla las radiografías. Parece un guardabosques. Más bien un guardabosques de una película alemana antigua. Por fin, ella vuelve a intentarlo o hace como que lo intenta, y la raíz sale. ¿Qué tal estoy? ¿Quiero que llame un taxi? Mi vieja chaqueta. Los analgésicos, las citas para el posoperatorio. ¿Será ella la que me atiende entonces? ¡Qué más da! Digo que sí y que no y que no a un taxi. Me reconozco, con esfuerzo, en el dolor y en mi vieja chaqueta. La cabeza vacía. Realmente no podía hablar. Luego, solo rumbo a casa con luna llena. El HL ya ha cerrado. Caminar, con un poco de viento y el mundo en contra. De un lado para otro, siguiendo mi camino como borracho. Detenerme, agarrarme. Lo mejor es *seguir arrastrándome*. A cuatro patas. Con rastro de sangre y piel de lobo, jadeante. A lo largo de la calzada y en el semáforo, como visión extraña en el cruce. Como sombra. Bajo la luna. De pronto muy seguro de que esta situación no tiene derecho a formar parte de mi vida. Ni la sangre ni el abismo de dolor en mi boca, ni la tarde de hoy y la forma en que estoy caminando. Ni tampoco el cuarto trastero, la separación, las últimas semanas y no saber si mi hija ya está dormida. Pero no yo, ¿siempre yo? Eso no puede ser, te dices. Sangre en la boca. ¡Cómo me late el corazón! Lo

PETER KURZECK

único que parece correcto es lo de la luna: no hay nada en contra de la luna. Luego, a seguir trastabillando de poste a poste.

En la Jordanstraße, llamar a la puerta de mi antigua casa (me mudé hace tres semanas) y volver a aguantar la sangre en la boca mientras subo las escaleras. Carina ya está esperando. Jirafas y cerezas en la pijama. ¿Cómo será cuando crezca? KD al teléfono, grita Sibylle. Llevo ya tres horas intentando localizarte. ¿Qué tal ha ido? Increíble, dije, y a Carina, deprisa, ¡buenas noches! La verdad es que no podía hablar. No me senté. De hacerlo, no habría podido volver a levantarme. Pañuelos. El suelo se tambalea. ¿Quieres quedarte aquí?, pregunta ella, por lo menos a pasar la noche, pero yo ya me voy. Dos calles más allá, el cuarto trastero. En una casa ajena. En el pasillo, estaba a punto de voltear cuando la dueña de la casa, Mali, salió de su despacho con una nota. ¡Ha llamado KD Wolff! Sí, dije, mi editor. Ella parecía saber quién era. Debo devolver la llamada enseguida. Mejor mañana. He pasado seis horas en el dentista. Todo mañana. La verdad es que no podía hablar. En el cuarto trastero, como sombra, enciendo la lámpara. Cordones, me quito los zapatos. ¿Mi sentido del equilibrio? Ya no está. ¡Me caigo! Un animal se agazapa cuando está enfermo. A los pies del piano el colchón, como llevado por la marea. El libro, mi vida, el cuarto trastero, el día de hoy, y el hecho de que ya no me queda mucho tiempo en el cuarto trastero, todo eso tiene que esperar hasta mañana. Por suerte el dolor es lo bastante fuerte, te dices. Agudo, un dolor superior. Y por tanto un aplazamiento. Me quito el jersey con cuidado. Me abro la camisa. La máquina de escribir, mi manuscrito encima de la mesa y el dolor insuperable en mi boca, un abismo de dolor. Un animal se agazapa cuando está enfermo. Pero luego al teléfono. KD Wolff. Sólo para decir que mañana. ¡Hoy ya no! Estamos hablando de la editorial, dice él. Mi amigo Rudolf Schönwandt está aquí. Si vienes ahora te dirá quiénes son los publicistas y cómo ponerte en contacto con ellos. Seis horas en

SOBRE HIELO

el dentista, dije yo, seis y media. Tengo la boca llena de sangre. La boca entera es una herida. Literalmente las mismas frases en los dientes frontales, pero sólo en ese momento me doy cuenta de lo que significan. Mejor mañana, en otra ocasión. De verdad que no podía hablar, y él no parecía entenderme. Toma un taxi, dice. Que te dé factura. Te devolveré el dinero.

Camisa, jersey, mi equilibrio, la nota y la vieja chaqueta. Treinta y ocho marcos setenta. Por aquel entonces siempre sabía exactamente cuánto dinero llevaba encima (excepto los céntimos). Esta mañana no he comido nada, y a mediodía dos plátanos, para calmarme. El cuello torcido. La mandíbula entumecida. El oído me grita de dolor. Me enjuago la boca con cuidado. En el espejo no hay ninguna imagen. Y me pongo en camino. El sueño de Carina, la imagen nocturna y su respiración durante el sueño. Sibylle seguirá empaquetando libros. ¿Qué llevaba puesto esta noche? ¿Qué hora es? No hay nadie en la calle. Los raíles del tranvía. La calle desierta en mitad de la noche, hacia la lejanía. Sobre la puerta de una tienda, blanco y redondo, un reloj que no funciona. Noche, viento, la luna y, en la Bockenheimer Warte, adelante del nuevo MacDonald's, un taxi Mercedes blanco bajo la luna.¹ Llevo, dice el taxista, dieciocho años estudiando de forma consecuente el azar, ¡y ahora viene casualmente usted! Antes he ido por el Alleenring y nada, por la Friedberger y nada, ni un cliente. Acabo de comer una hamburguesa aquí, porque mi pareja es vegetariana. Mi compañera. Y, según estoy masticando y preguntándome si no sería mejor ir hacia la Ferial, ¡viene casualmente usted! ¿A dónde lo llevo? Y arranca. Holzhausenstraße, dije. Difícil la palabra en mi boca, sangre en la boca. Holzhausenstraße, número cuatro.

¹ Nuevo quiere decir nuevo desde hace cinco años, pero cuando Sibylle y yo llegamos a Frankfurt, en el otoño de 1977, allí había una taberna que se llamaba Schlagbaum.